

LA CÁPSULA DEL VIENTO

Siempre creyó que los trenes no pasaban por Venta de Baños: vivían allí. Que sus raíles no eran simplemente estructura, sino raíz. Algo que sujetaba al pueblo y a su gente con un lenguaje de hierro y silbido, de distancias y regresos. Cuando era niña, pensaba que los trenes respiraban, que cada bocanada de vapor era una emoción contenida. Por eso, cuando Mara encontró aquella cápsula del tiempo, no le pareció extraño que oliera a óxido y carbón. Era el olor de las cosas que han vivido demasiado y que aún tienen algo que decir.

Fue un sábado sin prisa, de esos en los que el sol juega a desperezarse sobre las tejas. Las campanas de la iglesia habían marcado las diez con una voz perezosa, y el aire olía a pan recién hecho y a las brasas que aún se resistían a morir en algún patio. Iba caminando por el margen del antiguo taller ferroviario, hoy convertido en museo, cuando la vio: una losa suelta en el empedrado, casi imperceptible. No tenía más de catorce años, pero ya había aprendido a prestar atención a lo que no encajaba del todo, como si los pequeños desajustes fueran una forma de comunicación secreta. Había algo bajo esa piedra, algo que no quería seguir enterrado. Y ella estaba lista para escuchar.

Se arrodilló, empujó con las manos pequeñas pero decididas, y al poco emergió un cilindro metálico cubierto de tierra reseca, abollado en un extremo. El corazón le retumbaba como una locomotora en túnel, como si todo su cuerpo fuera una caja de resonancia. Lo sostuvo con cuidado, como si dentro hubiera un animal dormido, algo frágil y antiguo. No lo abrió allí, no podía. Sentía que el lugar merecía respeto, o silencio. Algo dentro de ella le decía que esa cápsula no era un hallazgo casual, sino una llamada. Se la llevó a casa con la sensación de estar cargando un fragmento de historia aún por desentrañar.

La casa de Mara olía a tiempo detenido. Los relojes funcionaban, pero parecía que sus manecillas daban vueltas sobre los mismos minutos. Su madre trabajaba en Palencia y regresaba sólo algunos fines de semana, trayendo consigo el olor a tren moderno y prisas, mientras su abuela, doña Celia, era la reina del lugar: menuda, lúcida, con manos de panadera y una voz que podía hacer llorar a un perro si hablaba de su juventud. Conocía todos los nombres de las plantas del patio, los remedios para la tos, y cada historia de las familias del pueblo. Esa tarde, Mara se encerró en su cuarto, cerró la puerta con pestillo y, sentada en el suelo, desenroscó la cápsula como si desenredara un secreto.

Dentro había un pequeño cuaderno de tapas negras, una fotografía desgastada de la estación en los años cincuenta —donde el humo parecía más denso que el aire—, una llave oxidada y una nota doblada en cuatro: “Para quien escuche con el corazón. 1954”. La caligrafía era inclinada, precisa, con ese tipo de trazo que ya no se enseña.

Pasó las páginas del cuaderno como quien hojea un diario prestado, con la emoción contenida de quien escucha detrás de una puerta. Era la voz de alguien joven, una chica llamada Emilia,

que había trabajado como aprendiz en los talleres del ferrocarril. La letra era elegante, pero firme, decidida, como si escribiera para aferrarse a sí misma. Contaba su día a día entre herramientas y carbón, entre miradas furtivas y el peso de ser “la única mujer entre tantos hombres”. Cada entrada era un pequeño desafío, una prueba de que ella podía estar allí, aunque el mundo dijera lo contrario.

“Hoy ajusté el tornillo de freno de una locomotora sin que nadie me ayudara. Ramón me miró como si acabara de volar. No le dije nada. Que miren, que duden, yo seguiré aprendiendo. Este lugar, aunque negro de hollín, también puede ser mío.”

Mara leyó sin respirar. Sentía la calidez de una historia escondida bajo tierra, como si Emilia le hablara directamente desde un vagón detenido en el tiempo, desde una estación sin nombre donde se almacenaban los sueños que no se atrevieron a subir al tren.

En la última página había una dirección escrita a lápiz, algo temblorosa: “Calle Talleres, número 3. Donde todo comenzó.” La letra se desvanecía en algunos trazos, pero la intención era clara: había algo más esperando.

Al día siguiente, Mara fue hasta la vieja Calle Talleres. El viento barría hojas secas y recuerdos olvidados. Solo quedaban dos edificios enteros; el resto era un campo abandonado, a medio camino entre ruina y memoria. El número 3 era una casona de fachada amarilla con persianas verdes, desconchadas por el tiempo. Llamó al timbre, sin saber qué esperaba. Tal vez una historia, tal vez un silencio.

Le abrió un hombre de unos sesenta años, con cara de haber vivido muchas madrugadas y pocos amaneceres.

—¿Sí?

—Hola... ¿Vivió aquí una mujer llamada Emilia? —preguntó, sintiéndose ridícula al instante, como si su voz no perteneciera a ese lugar.

El hombre entrecerró los ojos, como si rebobinara una cinta interna que no quería tocar hacía mucho tiempo.

—Emilia Arnáez. Mi madre.

Mara le mostró la cápsula. Él la tomó en sus manos y la acarició con una ternura que parecía no pertenecer a este siglo, como si aquel objeto fuera el último puente con algo perdido.

—Yo tenía seis años cuando desapareció. Un día, simplemente... no volvió.

—¿Se fue?

—No lo sé —dijo él, bajando la voz—. Mi padre nunca quiso hablar de eso. Siempre pensé que murió, o que huyó. Pero la verdad... la verdad nunca llegó a tiempo.

Durante semanas, Mara y ese hombre —Pedro— se encontraron para leer juntos el diario. A veces en la vieja estación, entre vitrinas polvorientas y mapas de líneas ya borradas; a veces en la biblioteca, con el murmullo constante de las páginas que no hablan, pero saben. Se convirtió en un ritual secreto. Emilia, a través de sus palabras, les contaba cosas que no estaban en los libros de historia. Cómo había amado a un joven ferroviario que la abandonó cuando ella quedó embarazada. Cómo luchó por seguir trabajando en los talleres pese a las burlas. Cómo soñaba con construir un vagón solo suyo, como los que veía pasar por las noches y desaparecían en la oscuridad.

“Me iré sin irme del todo. Dejaré algo aquí, enterrado entre raíles. Tal vez nadie lo encuentre. Pero si alguien lo hace, sabrá que estuve. Que esta historia existió. Que incluso el humo puede tener nombre.”

Mara no sabía si llorar o sonreír. Había un tipo de presencia que no necesitaba cuerpo, solo recuerdo. Y recordar también es una forma de resistencia.

Pedro decidió hacer algo. Donó el diario al Museo del Ferrocarril y propuso una exposición temporal: “Emilia: entre raíles y silencios”. Al principio, la respuesta del pueblo fue tibia, como si todos dudaran de que esa historia mereciera ser contada. Pero luego comenzaron a llegar otras: hijas de obreros, nietas de limpiadoras, mujeres que también habían vivido al margen del relato oficial. Todas tenían algo que decir. Historias susurradas en cocinas, en patios, en cartas que nunca se enviaron.

La exposición creció como en secreto. Los visitantes dejaban notas en una caja de cartón: “Mi abuela trabajó aquí y nadie la nombró.” “Yo también soñé con construir trenes.” “Gracias por contar lo que no se contaba.” Las paredes comenzaron a llenarse de fotografías prestadas, fragmentos de diarios, uniformes que aún conservaban el olor del aceite.

Mara, sin saber cómo, se convirtió en la curadora más joven del museo. Llevaba su cápsula a todas partes, como un talismán. Había cambiado. Ya no solo escuchaba el ferrocarril como algo lejano: ahora sentía que cada silbido era una forma de decir “sigue adelante”, una invitación a no olvidar.

Una tarde de otoño, mientras caminaba por las vías ya en desuso cerca del canal, encontró algo más. Un compartimento oculto bajo una traviesa. Dentro, otra nota, más breve: "Volveré cuando el mundo esté listo para mi historia. Mientras tanto, dejo mi fuerza aquí." Estaba escrita en la misma letra de Emilia, con el trazo de quien ya no tiene miedo.

No tenía firma, pero no hacía falta. Era Emilia, otra vez. O tal vez era Mara ahora, descubriendo que las voces enterradas no se pierden: esperan. Y cuando alguien decide escuchar, el tiempo se abre como una puerta. Una puerta oxidada, pero viva.

A día de hoy, Mara sigue yendo a la estación con su libreta. Anota cosas que otros no ven: un niño que saluda a un tren de mercancías como si fuera un amigo, una anciana que se sienta siempre en el mismo banco, un silbido que suena justo al atardecer. Ya no necesita respuestas. Aprendió que en Venta de Baños, las preguntas también tienen forma de raíles.

Y a veces, cuando cree estar sola, aún escucha una voz leve, como si viniera del fondo de un túnel:

"Todavía estás a tiempo."